

puesto que podría, acaso, contrarrestar las terribles amenazas del porvenir en lo tocante á la paz social y á la integridad de nuestro territorio. Numerosos Estados de la Unión Americana han adoptado esa ley, y entre otros, Nueva York, Pennsylvania, Vermont, Wisconsin, Michigan, Nueva Jersey, Delaware, Florida, Virginia, Arkansas, Mississippi y Georgia. Pero no sólo ahí florece, sino que, traspasando la extensión del Atlántico, ha ido á encontrar eco en las mismas naciones del Viejo mundo. Rusia, Austria-Hungría y Alemania le han brindado benévola acogida en busca de arraigo y perpetuidad en el suelo patrio, de una raza fecunda y vivaz de labradores, que sea fiel guardián de la propiedad y del orden. <sup>1</sup>

Después del notable trabajo del Sr. Lic. Pardo, no sé que algún otro pensador ó patriota se haya ocupado en ese estudio; pero el asunto es de tal modo importante, y reviste, muy especialmente para Méjico, un interés tan intenso, que bien vale la pena de tomarlo en cuenta, y examinarlo, para ver si es posible utilizarlo en nuestro provecho.

### VIII.

Sería muy débil, á pesar de todo, la acción del Estado, si se limitase á las solas medidas expresadas ó á algunas otras de ese mismo jaez, todas exteriores y formalistas; su acción, para ser permanente y trascendental, debe ser moralmente educativa. El medio más poderoso de que el Estado podrá echar mano para conjurar los peligros de la situación, será el de la enseñanza; pero no la fría, rígida y abstracta que ahora se imparte, sino la meditada,

<sup>1</sup> Gabriel Ardant, obra citada. Según noticias recientes, recibidas de Francia, el Ministro de Agricultura de aquella República, M. Ruau, acaba de presentar á las Cámaras un proyecto de ley de este mismo género, conocida con el nombre de *Patrimonio de Familia*, el cual proyecto será discutido en el próximo período de sesiones. Varios años hace que el pensamiento se hallaba en estudio en ese mismo Ministerio; mas, habiéndose querido proceder con calma y reflexión, fué sometido al examen especial de la Corte de Apelación y del Consejo de Estado, y sólo después de haber obtenido la aprobación de aquella y éste, ha tomado el carácter de iniciativa de ley y ha sido elevado al Cuerpo Legislativo. Es otro precedente precioso que deben tener en cuenta nuestros legisladores al procurar la solución de los problemas apuntados en el texto.—La circular de 9 de octubre de 1856, cuyo objeto fué la subdivisión de la propiedad rústica, dispuso la adjudicación gratuita á los arrendatarios de fincas nacionalizadas, siempre que el valor de las fracciones no pasase de doscientos pesos.—Dublán y Lozano, *Legislación Mejicana*.

juiciosa y fecunda que requiere el alma de la humanidad; la que conduce al apaciguamiento de los ánimos y á la armonía de los elementos sociales. Deben predicarse ideales elevados: la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, la existencia de una vida ultraterrena, las recompensas y las penas debidas á las buenas ó las malas acciones, y finalmente, la paz, la fraternidad y el amor; amor manso y bueno, que baja de los ricos á los pobres, y sube de los pobres á los ricos.

Carnegie tiene razón: la riqueza no es irresponsable; tiene obligaciones que satisfacer, y debe satisfacerlas. Los ricos deben invertir sus sobrantes racionales en beneficio de la sociedad en que viven, y no esperar la muerte para alentar con su ayuda las empresas altas y las obras generosas, que tiendan al bienestar común y al progreso de la civilización. Funck Brentano tiene razón también: la aristocracia de la riqueza no debe vivir apartada de los trabajadores y de los pobres, sino en íntima comunicación con ellos, continuando y perpetuando en la sociedad presente, el ejemplo de la familia, que es el único que hace firmes y dichosos á los Estados. Los plutócratas deben tener especial cuidado en alimentar en el pueblo la convicción de que son para él un elemento de auxilio y bienestar, y no de maltrato y tiranía; así lograrán que los que nada tienen, sientan hacia ellos reconocimiento y respeto, y ahoguen en su seno la envidia y el odio que ahora les roen el corazón. Mas para todo eso se necesita la luz de las conciencias, y esa luz debe ser la de una buena enseñanza, mediante el desarrollo, no de un plan más ó menos metafísico, sino de los sentimientos altos y nobles, que engrandecen el alma y alegran la vida. Debemos apelar, sin escrúpulos pusilánimes, á la autoridad moral, que es la única que suaviza el carácter y dulcifica las pasiones. Augusto Comte mismo ha reconocido esa exigencia, pues al tender al establecimiento de una autoridad espiritual de su invención, enseñó ampliamente en su copioso sistema, la imposibilidad de dar firmeza suficiente al Estado, divorciándolo de esa autoridad, que no es la de la fuerza. «Aun cuando nuestra constitución cerebral, dice, permitiese la preponderancia de nuestros mejores instintos, su imperio habitual no establecería ninguna verdadera unidad, activa sobre todo, sin una base objetiva, que sólo la inteligencia puede proporcionar. Cuando la creencia en un poder exterior es incompleta y vacilante, los sentimientos más puros no logran impedir inmensas divagaciones y profundas di-

sidencias. ¿Qué sería, pues, si se supusiese la existencia humana enteramente independiente del exterior? La religión, pues, debe ante todo, subordinarnos á un poder externo, cuya irresistible supremacía no nos deje ninguna incertidumbre. . . . Al principio del siglo actual, esta íntima dependencia era todavía profundamente desconocida por los pensadores más eminentes; su apreciación gradual, constituye la principal adquisición científica de nuestro tiempo <sup>1</sup>.

La causa fundamental de los males que nos aquejan, debe verse en la pérdida de los antiguos ideales, pues, convertido el hombre, por falta de buena dirección, en ambición desbordada y ciega fuerza en movimiento, no tiene freno que le contenga, ni temor que le domine, y aspira sólo á la completa y exclusiva posesión del placer: si está arriba, para aplastar á los caídos, y si abajo, para derribar á los que le oprimen. La civilización moderna ha despertado en el hombre el deseo de la igualdad; la democracia ha inspirado el socialismo. Abierta la puerta á tales anhelos, sólo la religión hubiera podido contener el empuje de las pasiones, y ésta ha faltado. Se necesita, pues, ese freno. No lo digo como creyente convencido, ni adepto de una religión gloriosa, que profeso y confieso con orgullo; sino como simple razonador y juez imparcial de las cosas. La habilidad administrativa, el cumplimiento de deberes sagrados y el amor á la paz y al progreso humanos, obligan ahora más que nunca á los caudillos de pueblos, á echar mano del poder espiritual, para atajar el avance del socialismo, pues divorciados de esa gran autoridad y de esa gran fuerza, serán impotentes para quebrantar el oleaje de las pasiones, é irán preparando, por abandono y ceguedad, el advenimiento de una época desastrosa. Los estadistas de genio, aquellos que procuran no entorpecer la marcha de los pueblos y mantener la paz en el seno de la sociedad, no desdeñan doblegarse ante tales exigencias; así lo demostró Bismarck, cuando, después de algunos años de triste lucha religiosa conocida con el nombre de *Kulturkampf*, enarboló bandera blanca frente á las huestes del doctor Winthorst, y celebró paces con ellas, para hacer triunfar sus leyes en el parlamento. El mal que nos amenaza es tan grave, que debemos apelar á todos los medios para conjurarlo, y, sobre todo, á los que son reconocidamente apropiados para ello. El orgullo científico y el

<sup>1</sup> Sistema de Política Positiva, Tomo II, páginas 12 y 13.

amor desordenado á sistemas de gabinete, no tienen el derecho de prevalecer contra los intereses generales y el porvenir de la patria. «Cuando la fe haya concurrido directamente con el amor, dice Comte, la unidad humana quedará plenamente establecida.»

HAY QUE TOMAR RESUELTAMENTE ALGÚN CAMINO: Ó SE APELA Á LOS NOBLES Y PODEROSOS RECURSOS DEL ESPÍRITU PARA APACIGUAR LA CÓLERA DE LAS MASAS, Y ESTABLECER LA PAZ ENTRE LOS HOMBRES, Ó SE PONE PARA ELLO TODA LA ESPERANZA EN EL USO DE LA FUERZA, CON RESOLUCIÓN HASTA DE DIEZMAR Á LOS DESCONTENTOS. AQUELLO SERÍA EFICAZ; ESTO NO HARÁ MÁS QUE APLAZAR EL CONFLICTO Y HACER EL CHOQUE MÁS ENCARNIZADO.

La humanidad no se queja tanto de pobreza, como de desamparo. Los sabios y los ricos no quieren al pueblo: los primeros no pueden ofrecerle sino la ciencia, y ésta, por debilidad de las inteligencias, por escasez de las fortunas, ó por ineficacia de la máquina administrativa, no puede, ni podrá nunca beneficiar sino á muy pocos. Los ricos no dan á los pobres sino el pago de su trabajo, mermado en cuanto es posible, y, cuando más, una filantropía soberbia y fría, que más rebaja, que obliga al necesitado. Las bases sociales no pueden ni deben ser alteradas; las leyes económicas tendrán que seguir funcionando á pesar de los impotentes esfuerzos de los soñadores ó de los energúmenos; la competencia industrial y mercantil continuará rigiendo el libre juego de los intereses; la oferta y la demanda no dejarán de ser la norma de los contratos; y el combate iniciado entre capitalistas y proletarios, se desarrollará en lo porvenir con ferocidad creciente. La única esperanza de paz que nos resta, estriba, pues, en la vuelta á olvidados ideales y en la renovación del sacro fuego del amor en el corazón humano. Si no nos volvemos á aquella esperanza y le abrimos francamente los brazos, serémos nosotros los únicos responsables de las desdichas del porvenir; porque hemos tenido oídos para oír y no hemos oído, y ojos para ver, y no hemos visto. Entre los que indican con buena fe esa solución, y los que la rechazan, juzgarán las generaciones venideras. *¡A i posteri l'ardua sentenza!*

Si se examinan bien las cosas, salta á la vista este hecho extraordinario: la situación de los menestrales y pobres, es ahora mejor que nunca, y, no obstante, es hoy cuando son mayores sus exigencias y su cólera. Los salarios han aumentado, abunda el trabajo, los artículos de primera necesidad hállanse al alcance de todos, el patrimonio común en servicios públicos, higiene, comodi-

dad y pasatiempos, ha crecido maravillosamente, y las clases desheredadas de ahora, tienen mejores muebles, utensilios, alimentos y vestidos que las precedentes. Leroy-Beaulieu demuestra todo eso en un libro tan erudito como consolador, y, además, que la marcha de la civilización, conforme á las reglas que la norman, tiende á seguir sin descanso ese mismo rumbo, mejorando constantemente la suerte de las clases pobres, por el aumento de los capitales, la baja del interés de éstos, el alza de los salarios, el abaratamiento progresivo de los precios y el incremento del patrimonio público y de los goces gratuitos<sup>1</sup>.

Lo que necesitamos, pues, para resolver el problema, es tener calma y esperar. Si la paz se conserva, y no sobreviene un cataclismo, las dificultades presentes irán atenuándose día á día por la sola virtud del adelanto. Importa, por lo mismo, antes que todo, mantener el equilibrio é impedir el desquiciamiento social; y para eso, precisamente, se necesita apelar á fuerzas inmateriales y á elementos de un orden superior. Los menestrales y pobres no sufren hoy de mayor necesidad que en los tiempos pasados, y, bajo este respecto, carecen de razón para quejarse y apelar á medidas extremas; pero sufren de abandono y despego por parte de sus jefes naturales: gobernantes, sabios y ricos. Se ha apagado la llama del amor en torno de la cual se agrupaba la humanidad, y, extinguido ese santo fuego, que es á la vez luz y calor, se han desconocido los hombres, se han alejado entre sí, y han acabado por verse con desconfianza y con odio. El remedio está en reavivar esa llama y en encender de nuevo esa luz, para que, reconocidos los rasgos de familia al desvanecerse las sombras, vuelvan á estrecharse fraternalmente las manos. El pueblo es semejante á los niños que, abandonados, se hacen perversos; pero sintiéndose al abrigo del interés y del afecto, se tornan dóciles y buenos.

*José López-Portillo y Rojas.*

México, octubre de 1908.

<sup>1</sup> Paul Leroy-Beaulieu. «Ensayo sobre el reparto de las riquezas y la tendencia á una desigualdad menor de las condiciones».

